

I

LOS ANTEPASADOS

La ciudad de Dánzig y los antepasados de Arthur

Arthur Schopenhauer nació en la antigua «ciudad libre» de Dánzig (hoy, Gdańsk, en Polonia) el 22 de febrero de 1788. Fue el primogénito del acaudalado comerciante Heinrich Floris Schopenhauer (1747-1805) —de ascendencia patricia— y de su esposa Johanna Henriette, nacida Trosiener (1766-1838); ambos eran oriundos de aquella singular ciudad portuaria.

Dánzig había disfrutado de los privilegios de las «ciudades libres» del Báltico durante casi cuatrocientos años, y gozaba de la protección de los reyes de Polonia contra los invasores extranjeros. Pero en la época del nacimiento de Arthur, la ciudad sufría las estrecheces de un bloqueo comercial impuesto por la poderosa Prusia, ansiosa de anexionársela. Tal había sido la consecuencia del denominado «primer reparto de Polonia» en el año 1772 entre Prusia, Rusia y Austria; pero también, de la debilidad política del último soberano polaco, Estanislao II Poniatowski.

El bloqueo imponía altas tasas a las mercancías, sobre todo a las especias y el tabaco, y casi impedía la libre circulación de personas incluso en los alrededores de Dánzig, que estaban plagados de garitas de guardia y controles de aduanas. La situación perjudicaba especialmente a la gran burguesía de la ciudad, dueña de sólidas firmas comerciales, los Schopenhauer, por ejemplo. Los miembros de esta vieja familia eran de recia tradición republicana y célebres por su abierto rechazo a los prusianos. Prusia estaba gobernada en aquella época por el sucesor de Federico II el Grande (1712-1786): su sobrino Federico Guillermo II (1744-1797), rey de Prusia y Elector de Brandenburgo. La enervante circunstancia afectaba asimismo a los comerciantes más modestos, como los Trosie-

ner, familia no tan celosa de la independencia de Dánzig al mostrarse inclinada a contemporizar con Prusia. Consideraban que debían salvar sus negocios aliándose con el futuro vencedor en vez de luchar contra él en una batalla que creían perdida de antemano. La caída de la «ciudad libre de Dánzig» en las redes de Prusia significaría perder la independencia política, administrativa y comercial de un Estado de pleno derecho, pero también la renuncia a un modo de vida basado en unos principios que distaban mucho de ser evidentes dentro de las fronteras del mastodóntico e inmovilista «Sacro Imperio Romano Germánico de la Nación Alemana», del que Dánzig se mantenía excluida.

Los ciudadanos del Sacro Imperio desconocían en su mayoría las libertades de las que gozaban las personas empadronadas en Dánzig, ya que su Imperio estaba integrado por multitud de pequeñas y grandes cortes, todas ellas regidas por príncipes, electores y monarcas absolutos. Las fronteras de la ciudad hanseática habían coincidido con las de la antigua Pomerania y, como decíamos, la mantenían justo al borde del Imperio. A raíz de las conquistas militares orquestadas por Federico II el Grande, Prusia se había extendido como un magma volcánico en torno a Dánzig, aislándola entre la Prusia Oriental y la Occidental, de modo que entraba dentro de la lógica de la gran potencia fagocitar aquella próspera ciudad independiente. Dánzig tenía su propio parlamento, acuñaba una moneda propia, mantenía un ejército, tenía embajadores y, sobre todo, se ubicaba junto al mar Báltico. Desde su privilegiado balcón marítimo, se abría al mundo entero, más allá de los límites de Centroeuropa. Los barcos de sus astilleros surcaban los siete mares, desde Rusia y las Indias hasta Portugal y América. Francia, Inglaterra y Holanda eran las principales potencias europeas con las que Dánzig comerciaba; la refinada cultura francesa y la envidiable libertad política de los británicos impregnaban el rico y culto ambiente burgués de la ciudad, en la que también reinaba la tolerancia religiosa. La confesión mayoritaria era la luterana, en convivencia con católicos, menonitas (o anabaptistas) y judíos. Aunque el idioma oficial de Dánzig era el alemán, se hablaba polaco, francés, inglés, neerlandés, y también se oía las lenguas escandinavas y eslavas. Burgueses, comerciantes, marinos, pescadores, campesinos y artesanos componían una ciudadanía variopinta en la que a menudo podían verse «figuras veterotestamentarias —en palabras de Johanna Schopenhauer¹— de largas y proféticas barbas»: judíos, desde pobres moradores del gueto

1. Véase Johanna Schopenhauer, «Jugenderinnerungen» [= JE], en *Ihr glücklichen Augen* [que contiene, además de los «Recuerdos de juventud», «Diarios» y «Cartas»], Verlag der Nation, Berlín, ²1979, pp. 69 ss.

hasta acaudalados «comerciantes israelitas» procedentes de Varsovia o de Rusia, otra potencia imperial con la que Dánzig mantenía excelentes relaciones diplomáticas y comerciales. El volumen de visitantes llegados a la ciudad desde las zonas más remotas crecía mucho en la época de las ferias y mercados anuales, que gozaban de fama internacional. Semejante ambiente de libertad y tolerancia corría el máximo peligro bajo dominio prusiano: Prusia sustentaba su Estado sobre las bases del militarismo y el poder absoluto, en sus dominios no se toleraban disidencias ni réplicas a las normas estatales.